

## La forma cambiante de la Historia Mundial\*

*William H. McNeill*

Las historias de la fracción de la Tierra que son conocidas por el autor se clasifican apropiadamente como historias mundiales en tanto que intentan registrar la totalidad del pasado significativo y conocible. Con tal referencia Heródoto<sup>1</sup> y Sima Qian<sup>2</sup> fueron historiadores mundiales así como fundadores de sus respectivas tradiciones historiográficas. Entre los griegos, sin embargo, Tucídides<sup>3</sup> desechó de inmediato el acercamiento discursivo y totalizador a la historia de Heródoto, ofreciendo en su lugar una monografía orgullosamente exacta y enfocada de una manera precisa, dedicada a veintisiete años de guerra entre Atenas y Esparta.

Estos modelos alternativos siguieron siendo normativos a lo largo de la antigüedad grecorromana. La vasta historia patriótica de la Roma de Tito Livio<sup>4</sup> se acercó a la inclusividad herodoteana, y Polibio<sup>5</sup> pudo haber aspirado deliberadamente a combinar el rigor lógico de Tucídides con la apertura de Heródoto. Aunque imposible de igualar, la precisión de Tucídides era más fácil de imitar que la inclusividad de Heródoto, y la mayoría de los

---

\* Ponencia originalmente presentada en una reunión de Historia y Teoría de la Historia Mundial, celebrada los días 25 y 26 de marzo de 1994, publicado en *History and Theory*, Mayo 1995, vol. 34, pp. 8-26. Se publica con la autorización del autor y de Wiley-Blackwell Publishing, Oxford, Reino Unido, quienes amablemente accedieron a su traducción y publicación en *Estudios del Hombre*. [...] Las subsecuentes referencias a pie de página fueron introducidas por los compiladores.

1. Heródoto (-484 a -425) <http://es.wikipedia.org/wiki/Herodoto> (Consulta: 20/09/2009.)
2. Sima Qian (c.-145 a -90). La transcripción pin-yin es Sima Qian. Véase [http://es.wikipedia.org/wiki/Sima\\_Qian](http://es.wikipedia.org/wiki/Sima_Qian) (Consulta: 20/09/2009.)
3. Tucídides (-460 a -396) <http://es.wikipedia.org/wiki/Tuc%C3%ADdides> (Consulta: 20/09/2009.)
4. Tito Livio (-59 a -17) [http://es.wikipedia.org/wiki/Tito\\_Livio](http://es.wikipedia.org/wiki/Tito_Livio) (Consulta: 20/09/2009.)
5. Polibio (-200 a -118) <http://es.wikipedia.org/wiki/Polibio> (Consulta: 20/09/2009.)

historiadores grecorromanos se inclinaron por consiguiente hacia el enfoque monográfico, político-militar, del cual Tucídides dio tan magnífico ejemplo.

La sagrada escritura judía elaboró una visión histórica diferente, según la cual Dios Todopoderoso gobernó a todos los pueblos en todas partes, haya sido sugerido o no. Durante cerca de un milenio, las sucesivas derrotas sufridas por los estados judíos hicieron que tal visión de la historia humana no fuera plausible para los no creyentes; pero el cristianismo, cuando se volvió dominante desde el interior del imperio romano en el siglo IV EC, elevó a primer plano una visión de la historia modificada y ampliada pero fundamentalmente judía y enteramente centrada en Dios. Los cristianos subordinaron la historia secular pagana a la historia sagrada bíblica y de ese modo revirtieron el equilibrio entre los formatos para la historia que iniciaron Heródoto y Tucídides, puesto que, desde los puntos de vista judío y cristiano, toda la historia era historia mundial en tanto parte del plan de Dios para la humanidad.

La epopeya cristiana –Creación, Encarnación y Día del Juicio– no debía nada a la historiografía pagana [grecorromana]<sup>6</sup>, pero los historiadores cristianos, desde Eusebio<sup>7</sup> y Orosio que murió en 417<sup>8</sup>, se sintieron obligados a insertar fragmentos y partes del registro pagano en sus historias de cómo Dios se había ocupado de la humanidad. Por lo tanto, innumerables crónicas medievales comienzan con la Creación y se precipitan a través de las referencias conocidas del pasado bíblico y pagano para enlazar los acontecimientos locales y recientes, por lo menos superficialmente, con el significado central y sagrado de la experiencia humana sobre la Tierra. La historia, separada de los propósitos de Dios, era ciega, sin sentido y sin rumbo, y por unos mil años los cristianos se rehusaron a tomar en cuenta tal insensatez, aunque su registro más cuidadoso de los acontecimientos recientes dejaba los propósitos de Dios obstinadamente inescrutables.

En China, tal transformación de puntos de vista prevalecientes nunca tuvo lugar. La visión de Sima Qian de cómo escribir y entender la historia prevaleció desde su tiempo hasta el colapso de la dinastía manchú a principios del

---

6. Corchetes de los compiladores.

7. Eusebio de Cesarea (c. 275-339) [http://es.wikipedia.org/wiki/Eusebio\\_de\\_Cesarea](http://es.wikipedia.org/wiki/Eusebio_de_Cesarea) (Consulta: 20/09/2009.)

8. Paulo Orosio (c. 385 - c. 420) <http://es.wikipedia.org/wiki/Orosio> (Consulta: 20/09/2009.)

siglo XX. La idea central era que el Cielo había elegido dirigentes virtuosos hereditarios, y permitía —o planeaba— su derrocamiento siempre que una dinastía reinante se volviese corrupta. Cada nueva dinastía empezaba virtuosa y fuerte solamente para decaer, tarde o temprano, provocando la transferencia del mandato del Cielo a un nuevo dirigente cuya virtud era atestiguada por su éxito práctico en someter a la obediencia a los chinos y también a los bárbaros que vivían alrededor de China. La prueba del poder de la visión de Sima Qian se encuentra en el hecho de que su marco dinástico para la historia china domina todavía el ambiente académico, inclusive entre los occidentales, quienes nunca han creído que la virtud personal del dirigente asegure un apoyo sobrenatural.

Las visiones sobre la historia musulmana, budista e hindú sobre la historia, también se formaron durante el Medioevo. En general, esas tradiciones doctas hicieron menos hincapié en la historia que las cristianas y las chinas, pero todas estuvieron de acuerdo respecto a la importancia primordial de la intervención sobrenatural en los asuntos humanos. Subordinando los acontecimientos de la Tierra a la voluntad de Dios —como los musulmanes lo hicieron— o a los procesos e intervenciones sobrenaturales —caso de los budistas e hindúes—, todos estaban de acuerdo en que la historia mundial era la única clase significativa de historia, puesto que las entidades sobrenaturales gobernaban según sus propias reglas los asuntos humanos junto con los del resto del universo.

El consenso en cuanto al papel decisivo de los seres o fuerzas trascendentales en la historia encontró su desafío cuando una versión discordante de ella, centrada en el hombre, surgió en Italia poco después del año 1500. Lo que inspiró el nuevo tipo de historia fue la convergencia palpable de la política italiana de la ciudad-estado con patrones de la antigüedad griega y romana. El estudio de los autores paganos revivió en círculos privilegiados de ciertas poblaciones italianas conforme esta convergencia se hacía evidente, y cerca del año 1500, tales estudios habían madurado lo suficiente para permitir a Maquiavelo<sup>9</sup> y a Guicciardini<sup>10</sup> reafirmar la autonomía de

9. Niccolò Machiavelli (1469-1527) <http://es.wikipedia.org/wiki/Maquiavelo> Véase también <http://www.monografias.com/trabajos13/nicommaq/nicommaq.shtml> (Consulta: 20/09/2009.)

10. Francesco Guicciardini (1483-1540) [http://www.gramsci.org.ar/TOMO4/113\\_ec\\_corp\\_esta.htm](http://www.gramsci.org.ar/TOMO4/113_ec_corp_esta.htm) Véase también: <http://www.el-mundo.es/ladh/numero70/mihero.html> (Consulta: 20/09/2009.)

las acciones humanas, quienes escribieron historias locales, monográficas y enteramente mundanas, siguiendo el molde de Tucídides. De modo indiferente, derivaron su inspiración de autores paganos y ajustaron cuentas con el marco bíblico de la historia universal sin mencionar a Dios como actor, simplemente lo dejaron fuera de la historia.

Esto fue impactante e inaceptable para la mayoría de los europeos. Por consiguiente, un hombre del renacimiento como Walter Raleigh<sup>11</sup>, en Inglaterra y, casi un siglo después, el piadoso y elocuente obispo Bossuet<sup>12</sup>, en Francia, reafirmaron la centralidad de la historia sacra y procuraron enlazar lo que sabían sobre el pasado bíblico y pagano dentro de una totalidad más perfecta. Sus trabajos continuaron sin completarse y nunca alcanzaron su propia época: en parte porque los dos quedaron empantanados por una cantidad creciente de conocimiento sobre sucesos del pasado más reciente, y en parte porque la voluntad de Dios seguía oscura –o por lo menos radicalmente sujeta a discusión– cuando se hacía referencia a Él para explicar el registro enmarañado de esos mismos acontecimientos.

Mientras tanto, un gran flujo de información sobre las Américas y otras partes de la Tierra antes desconocidas, asaltó a la conciencia europea. Ciertamente se efectuaron algunos señalamientos tendientes a colocar a los pueblos recién descubiertos en el marco cristiano heredado. En particular, se convirtió en tema de debate la manera cómo los habitantes de América podían descender de los hijos de Noé. Empero, por lo general la enseñanza europea reafirmó –o por lo menos repitió de labios para afuera– las verdades cristianas; exploró nuevos campos de conocimiento, acumuló más y más información sobre el pasado y sobre las partes lejanas de la Tierra, y evitó abordar la cuestión de saber cómo hacer encajar todos los nuevos datos en un conjunto. Esto siguió siendo el caso hasta el siglo XVIII cuando unos esfuerzos radicales por organizar sistemáticamente el conocimiento empírico –en parte estimulados por el éxito espectacular de Isaac Newton en la física y la astronomía– comenzaron a encontrar visible éxito en campos como la botánica.

---

11. Sir Walter Raleigh (1554-1618) <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/raleigh.htm> (Consulta: 20/09/2009.)

12. Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704) [http://es.wikipedia.org/wiki/Jacques\\_B%C3%A9nigne\\_Bossuet](http://es.wikipedia.org/wiki/Jacques_B%C3%A9nigne_Bossuet) (Consulta: 20/09/2009.)

Durante estos mismos siglos, las tradiciones de aprendizaje china, musulmana e india lograron resistir mucho mejor el desafío que venía del exterior, superando en eso a los europeos, al rehusarse a prestar atención a información nueva y discrepante. Con su propio estilo, algunos pensadores ilustrados principalmente en Francia comenzaron a abandonar completamente el heredado marco cristiano de conocimiento, mientras que los guardianes de la verdad generada en Asia no se dejaron impresionar. En lugar de ello, los esfuerzos serios por entender habilidades y conocimientos europeos que se volverían innegablemente superiores, fueron pospuestos casi hasta nuestros días.

Contra esta pauta, la volatilidad del aprendizaje europeo en general y de la historiografía europea en particular, quizás debería causarnos admiración. Por lo menos, no debemos despreciar el rezago de siglos y el tiempo que fue necesario para integrar la información nueva y discrepante. Nosotros, en la profesión histórica, persistimos en el mismo comportamiento hoy, quedando la mayoría de las veces satisfechos de trabajar –a menudo inconscientemente– dentro de una interpretación liberal de la historia al estilo del siglo XIX, cuyos principios perturbarían a la mayoría de nosotros, si fuesen afirmados abiertamente, porque ya no creemos en ellos.

Vico<sup>13</sup>, Voltaire<sup>14</sup>, Gibbon<sup>15</sup> y Herder<sup>16</sup> fueron pioneros en el esfuerzo del siglo XVIII por superar el marco bíblico de la historia que heredaron. Cada uno a su manera desacralizó el pasado, aunque Vico y Herder siguieron siendo cristianos. Como Guicciardini y Maquiavelo, asumieron que la voluntad y las acciones del ser humano daban forma a los acontecimientos; no obstante, a diferencia de sus antecesores florentinos, emprendieron una macro-historia, encontrando patrones de gran escala en el pasado, ya fueran cíclicos, como Vico y Herder, o acumulativos y, al menos esporádicamente, progresivos, como Gibbon y Voltaire. La historia y la filosofía clásicas desem-

- 
13. Gian-Battista Vico (1688-1744) <http://www.artehistoria.com/historia/personajes/6335.htm> (Consulta: 20/09/2009.)
  14. François Marie Arouet, alias Voltaire (1694-1778) <http://es.wikipedia.org/wiki/Voltaire> (Consulta: 20/09/2009.)
  15. Edward Gibbon (1737-1794) [http://es.wikipedia.org/wiki/Edward\\_Gibbon](http://es.wikipedia.org/wiki/Edward_Gibbon) (Consulta: 20/09/2009.)
  16. Johann Gottfried von Herder (1744-1803) [http://es.wikipedia.org/wiki/Johann\\_Gottfried\\_Herder](http://es.wikipedia.org/wiki/Johann_Gottfried_Herder) (Consulta: 20/09/2009.)

peñaron un papel central en la conformación de su visión. Solamente Voltaire, en su obra *Essai sur les mœurs* (1756)<sup>17</sup>, prestó mucha atención a los no europeos; su alabanza a China y su respeto por los musulmanes fueron inspirados en gran parte por su disgusto hacia la iglesia cristiana. Por lo tanto, nada parecido a una visión global del pasado surgió de los esfuerzos del siglo XVIII para corregir la interpretación cristiana de la historia; pero la autonomía de la acción humana fue afirmada vigorosamente, con o sin un postrero control divino, cada vez más distante.

Este compromiso entre las herencias paganas y cristianas se extendió hasta el siglo XIX, cuando se conformó la visión liberal de la historia. Esto es lo que todavía acecha en el trasfondo de la historiografía norteamericana contemporánea. La idea central era bastante sencilla: lo que importaba en la historia era el avance esporádico pero ineludible de la Libertad. Esto permitió a los historiadores nacionalistas erigir una visión magníficamente eurocéntrica del pasado humano ya que la Libertad —definida en gran parte en términos de instituciones políticas— correspondía únicamente a los Estados de Europa, en épocas antiguas y modernas. Consecuentemente, el resto del mundo se unió a la corriente principal de la historia cuando fue descubierto, colonizado o conquistado por los europeos. Una historia global, algo ilegítima, era fácil de construir a partir de estos lineamientos. No obstante, por primera vez América, Australia, África y Asia encontraron un lugar —obviamente subordinado pero también significativo— dentro de la historia mundial, y el globo entero se convirtió en un teatro para el avance de la Libertad humana.

Dentro del pasado europeo, la atención se centró sobre las épocas y lugares donde la Libertad prosperó o enfrentó un desafío crítico. La antigüedad clásica, las invasiones bárbaras, la ascensión de las instituciones representativas en el Medioevo, el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y todos los magníficos avances del siglo XIX eran lo que merecía ser estudiado; las eras del oscurantismo y del despotismo podían ser propiamente pasadas de largo puesto que no hicieron contribución alguna a la corriente principal de la realización del hombre.

---

17. François Marie Arouet, alias Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. México, Cía. Gral. de Ediciones, 1960.

Los Estados Unidos, por supuesto, gozaron de un lugar especialmente privilegiado en esta versión de la historia, ya que la Revolución de 1776 y la Constitución de 1789 eran fanales del avance de la libertad; y la expansión de la riqueza y del poder estadounidenses durante los siglos XIX y XX ofreció un ejemplo igualmente obvio de los beneficios que la Libertad podía traer a sus fieles y favorecidos practicantes. Esto, como digo, sigue siendo el esquema que subyace en la mayor parte del estudio profesional de la historia en los Estados Unidos, aunque algunos rebeldes hayan volteado todo al revés, haciendo el tema principal de la historia moderna, la perversidad de la agresión europea contra otros pueblos, al mismo tiempo que atacan el *establishment* masculino blanco de los Estados Unidos por su no menos perversa explotación de varias poblaciones subordinadas, tanto en el país como en el exterior.

De una manera bastante obvia, esta visión liberal y progresista de la historia mundial, tanto como la inversión de la misma, era una secularización ingenua de la epopeya cristiana. La Libertad substituyó a Dios como actor gobernante y sobrenatural, y los pueblos libres privilegiados jugaron sobre la Tierra el papel asignado [con anterioridad]<sup>18</sup> a los fieles cristianos en el divino drama de salvación. En la medida en que el estudio profesional de la historia encuentra su significado en este esquema —o en su inversión—, seguimos claramente acotados por la herencia cristiana, por débil que se haya convertido en la conciencia contemporánea.

La Primera Guerra Mundial era difícil de integrar dentro de lo que he llamado la visión liberal de la historia. La Libertad de vivir y de morir en las trincheras no era lo que los historiadores del siglo XIX hubieran esperado como resultado de las instituciones políticas liberales. Más aún, para muchos de los participantes, los años de agonía del estancamiento parecían surgir de circunstancias enteramente independientes de la voluntad o la intención del ser humano. Spengler<sup>19</sup> y Toynbee<sup>20</sup> fueron los dos historiadores más connotados que respondieron a esta aparente pérdida de control y al extraño des-

---

18. Corchetes de los compiladores.

19. Oswald Spengler (1880-1936) [http://es.wikipedia.org/wiki/Oswald\\_Spengler](http://es.wikipedia.org/wiki/Oswald_Spengler) (Consulta: 20/09/2009.)

20. Arnold Toynbee (1889-1975) [http://es.wikipedia.org/wiki/Arnold\\_J.\\_Toynbee](http://es.wikipedia.org/wiki/Arnold_J._Toynbee) (Consulta: 20/09/2009.)

tripamiento que sufrió la Libertad durante la Primera Guerra Mundial. La sensación de estar atrapado en procesos que invalidan los propósitos humanos y de volver a realizar, entre 1914 y 1918, luchas por el poder como las que habían atormentado a Grecia y Roma en la antigüedad, persuadió primero a Spengler y luego a Toynbee de que la historia humana se podría entender mejor como ciclos más o menos predeterminados de grandeza y decadencia de civilizaciones aisladas, recapitulando cada una en lo esencial, la trayectoria de sus antecesoras y contemporáneas. Muy conscientemente, ambos echaron mano de su educación clásica para reafirmar una visión cíclica de los asuntos humanos propuesta por Platón y elaborada por otros filósofos de la antigüedad, desde los Estoicos, y aplicada a la historia por escritores tan diversos como Polibio<sup>21</sup> y Virgilio<sup>22</sup>.

Sus libros, que fueron doctos en grado impresionante, ganaron una amplia atención entre 1918, cuando fue publicado el primer volumen de *Der Untergang des Abendlandes*<sup>23</sup> de Spengler, y 1936-1954, cuando aparecieron los diez volúmenes de *A Study of History*<sup>24</sup> de Toynbee, publicados en tres entregas. Para muchas personas reflexivas, sus libros dieron un significado nuevo y sombrío a acontecimientos tan inesperados y aflictivos como la Primera Guerra Mundial, el colapso de Alemania en 1918, el surgimiento de la Segunda Guerra Mundial y el rompimiento de las grandes alianzas victoriosas después de cada una de las dos guerras.

Hoy, cuando estas resonancias políticas se han desvanecido, un aspecto bastante diferente de su trabajo parece más importante –al menos para mí– ya que, observando ciclos en el registro del pasado, Spengler y Toynbee pusieron a las civilizaciones europeas y no europeas en el mismo plano. Esto fue un verdadero cambio respecto a la miope concentración en las glorias del pasado de Europa que había prevalecido durante el siglo XIX

- 
21. Polibio (-200 a -118) [http://es.wikipedia.org/wiki/Polibio\\_de\\_Megal%C3%B3polis](http://es.wikipedia.org/wiki/Polibio_de_Megal%C3%B3polis) (Consulta: 20/09/2009.)
  22. Virgilio (c.-70 a -19) <http://es.wikipedia.org/wiki/Virgilio> (Consulta: 20/09/2009.)
  23. (*El ocaso de Occidente.*) O. Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*. Vol. I, Viena, Braumüller, 1918; vol. II, Múnich, Beck, 1922.
  24. (*Un estudio de la Historia.*) A. J. Toynbee, *A Study of History*. Oxford, Oxford University Press, 1936-1954; 2ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1990 (R. Tucker, ed.).

y, por lo menos potencialmente, este cambio distingue la historiografía de nuestro tiempo de la de sus antecesores.

Seguramente a Toynbee no le satisfizo su esquema inicial por mucho tiempo, puesto que en los últimos volúmenes de *A Study of History*, publicados en 1939 y 1954, reintrodujo explícitamente a Dios como un actor en la historia, subordinando la grandeza y decadencia de civilizaciones específicas a una progresiva revelación de la voluntad de Dios que llegaba a almas sensibles en momentos en que las reglas morales de una civilización dada experimentaban un colapso irremediable. Este modo de combinar la macro-historia lineal y la cíclica, y de introducir a Dios una vez más en los asuntos públicos, encontró poca adhesión entre los historiadores, y después de 1957 su reputación se derrumbó repentinamente como pasó antes con la de Spengler.

Una razón empírica, y probablemente trivial, para ese cambio en la atención pública y profesional fue que las civilizaciones separadas, que Spengler y Toynbee habían declarado incapaces de comunicarse entre sí —salvo en momentos de desarrollo especialmente sensibles, según Toynbee—, en realidad sí interactuaban cada vez que entraban en contacto. La adaptación a préstamos a través de los límites de las civilizaciones era especialmente importante en asuntos tecnológicos, artísticos y militares, donde los encantos por la novedad y los beneficios de la innovación eran particularmente obvios. Por el contrario, el aprendizaje literario resistía la intrusión foránea, en parte porque siempre era difícil dominar un idioma extranjero en el cual podían encontrarse interesantes ideas; pero también debido a que, admitir que los forasteros tuviesen algo valioso que decir, parecía una confesión de deficiencia que los fieles transmisores de un canon literario venerado no estaban preparados para hacer. Sin embargo, los defensores de la verdad literaria y religiosa algunas veces tomaban ideas prestadas de los forasteros, reconociendo o no su inspiración extranjera.

Los préstamos culturales y tecnológicos dependían a menudo de los intercambios económicos, que tienen la ventaja, para los historiadores, de dejar huellas materiales, incluso cuando faltan los registros literarios. El comercio a larga distancia existía incluso antes del principio de la historia escrita, cuando las civilizaciones ligadas a los valles de los ríos, en Mesopotamia y Egipto, empezaron a importar bienes estratégicos como el metal y la madera desde las tierras de los bárbaros, a través de distancias bastante con-

siderables. El comercio entre civilizaciones era igualmente muy antiguo. Los contactos comerciales de Mesopotamia con la India se remontan, al menos, al tercer milenio AEC. Contactos indirectos y mucho más tenues entre Mesopotamia y China empezaron pocos centenares de años después, aunque las caravanas sólo empezaron a desplazarse con mayor o menor regularidad a través de los oasis de Asia Central, alrededor del año 100 EC. Sin embargo, con el paso del tiempo, la escala y el ámbito de los intercambios comerciales en el interior de Eurasia se extendieron hacia África y después, a partir del año 1500, empezaron a abarcar toda la tierra habitada.

De manera algo vacilante, los historiadores comenzaron a reaccionar ante la creciente evidencia de interacciones de larga distancia que cruzan los límites de la especialización académica tradicional, y una serie de personas se ha dado a la tarea de construir una historia mundial más adecuada que la que vislumbraban la de Spengler y la de Toynbee, al poner de relieve las interacciones eurasiáticas y subsecuentemente las globales. Ningún autor resulta prominente en este grupo que se divide entre los que ponen un énfasis primario en la economía —la mayoría de las veces los marxistas o los casi marxistas, como Immanuel Wallerstein<sup>25</sup> y André Gunder Frank<sup>26</sup>— y los que piensan que los encuentros religiosos, artísticos y científicos jugaron un papel autónomo, y más o menos tan importante como la economía y la tecnología en la definición del curso de la historia eurasiática y luego mundial. Me cuento en este último grupo, pero puedo también señalar a figuras como Ross Dunn<sup>27</sup>, el primer presidente de la Asociación de Historia Mundial, y el grupo de académicos afiliados a la Sociedad Internacional para el Estudio Comparativo de las

- 
25. Immanuel Wallerstein (1930) [http://es.wikipedia.org/wiki/Immanuel\\_Wallerstein](http://es.wikipedia.org/wiki/Immanuel_Wallerstein) (Consulta: 20/09/2009.)
  26. André Gunder Frank (1929-2005) [http://es.wikipedia.org/wiki/Andre\\_Gunder\\_Frank](http://es.wikipedia.org/wiki/Andre_Gunder_Frank) (Consulta: 20/09/2009.)
  27. Ross Dunn es profesor emérito en San Diego State University, donde ha enseñado historia africana, islámica y mundial. Es autor principal de un libro de texto de Historia Mundial para estudiantes de enseñanza media superior, intitulado *World History: Links Across Time and Place*. Es director del proyecto de Historia Mundial del Centro Nacional para la Historia en las Escuelas, en UCLA. Entre 1993 y 1996 fue editor-coordinador de las normas nacionales para la historia mundial. Véase: *Eras y normas para la enseñanza de la Historia Mundial*. <http://worldhistoryforusall.sdse.edu> (Consulta: 16/03/2007.)

Civilizaciones, entre los cuales John Hord y David Wilkinson están entre los más destacados. La mera existencia de estas dos organizaciones, cada una con su propia revista especializada, es prueba de la vivacidad que la historia mundial ha logrado en los círculos académicos norteamericanos y, como muestra de su vigor, ambas revistas están actualmente buscando por ahí, a tientas, una conceptualización más adecuada de la historia humana como totalidad.

Ciertamente, la confusión en la terminología es tan densa como siempre. Sin embargo, a pesar de que no hay un consenso perceptible sobre lo que el término “civilización” debería significar, y ninguna palabra o frase consensuada para describir la “zona interactiva” –para utilizar una expresión introducida por Dunn, creo– que abarca las diferentes civilizaciones eurasiáticas, pienso que es correcto afirmar que el reconocimiento de la realidad y de la importancia histórica de los encuentros trans-civilizacionales está en aumento y promete volverse la corriente principal de la investigación futura en historia mundial. Requerimos desesperadamente una palabra o una frase para describir la realidad humana que nace de los encuentros con los extranjeros, quienes aportan puntualmente habilidades y conocimientos que no son comunes a la atención de los que han permanecido siempre en su hogar. La “zona interactiva” de Dunn parece poco precisa. Mi propia favorita, “ecúmene”, conlleva entorpecedoras asociaciones eclesiásticas. El “sistema mundial” de Wallerstein es quizás el principal candidato por el momento, pero es poco práctico para describir relaciones como las que existían antes del año 1500, cuando había sistemas mundiales separados en Eurasia, América y probablemente en otras partes también, aunque sabemos muy poco del cambio histórico iniciado por las interacciones de pueblos no letrados, y sólo nos queda la esperanza de que una arqueología sofisticada pueda hacer accesibles, algún día, algunos de estos hechos.

No obstante, aunque tengamos todavía que ponernos de acuerdo en cómo llamarlo, parece cada vez más obvio el hecho de que los pueblos civilizados y no civilizados se comunicaron a través de distancias relativamente grandes desde épocas muy remotas, y en ocasiones alteraron su comportamiento en respuesta a encuentros portadores de novedades atractivas o amenazadoras que venían de lejos. La consecuencia de esto es que la historia mundial debe ser construida alrededor de esta realidad que proporciona el marco más grande y más incluyente de la experiencia humana; y un antepa-

sado lineal del Mundo Único, en el cual hoy nos encontramos tan confusamente sumergidos.

Lo que propongo, por lo tanto, como resultado de este texto, es bosquejar demarcaciones claras en la historia del sistema mundial interactivo y ecuménico de Eurasia, esperando que incluso un bosquejo escueto pueda clarificar el concepto y promover la emergencia de un acercamiento más coherente e inteligible a la historia mundial.

Cuando escribí *The Rise of the West*<sup>28</sup>, me planteé mejorar las ideas de Toynbee, demostrando cómo interactuaron desde el inicio de su historia las civilizaciones separadas de Eurasia, prestándose mutuamente habilidades críticas, y así precipitando aún mayores cambios, conforme se hacía necesario el ajuste entre los antiguos conocimientos y prácticas que habían sido atesorados y los nuevos, adquiridos por préstamo.

Mis ideas sobre la importancia del préstamo cultural estaban en gran parte conformadas por la antropología social, como se desarrolló en los Estados Unidos durante los años treinta. Clark Wissler<sup>29</sup> había estudiado la difusión de los “rasgos culturales” entre los Indios de las Llanuras con elegante precisión; y el libro de texto de Ralph Linton<sup>30</sup>, *The Tree of Cultura*<sup>31</sup>, aportaba otros ejemplos persuasivos del cambio social de gran envergadura en África y en otras partes, como resultado de la adaptación cultural a ciertas habilidades prestadas. Pero el hombre que más influyó en mí fue Robert Redfield<sup>32</sup>. Él construyó una tipología de las sociedades humanas, estableciendo dos tipos ideales: la sociedad del pueblo (tradicional) en un extremo, la sociedad civilizada en el otro.

---

28. (*El surgimiento del Oeste.*) William McNeill, *The Rise of the West*. Chicago, University of Chicago Press, 1963.

29. Clark Wissler (1870-1947) <http://www.biografia y vidas. com/biografia/w/wissler.htm> (Consulta: 20/09/2009.)

30. Ralph Linton (1893-1953) [http://es.wikipedia.org/wiki/Ralph\\_Linton](http://es.wikipedia.org/wiki/Ralph_Linton) (Consulta: 20/09/2009.)

31. Ralph Linton, *The tree of culture; the story of man from the dawn of prehistory to the beginnings of the modern era*. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1955.

32. Robert Redfield (1897-1958) [http://es.wikipedia.org/wiki/Robert\\_Redfield](http://es.wikipedia.org/wiki/Robert_Redfield) (Consulta: 20/09/2009.)

En la sociedad tradicional las costumbres bien establecidas resolvían todas las circunstancias ordinarias de la vida y encajaban suavemente unas con otras para crear una guía de vida casi completa e incuestionable. Redfield argumentó que una aldea remota de Yucatán que él había estudiado, se acercaba a su tipo ideal de sociedad tradicional. Casi aislada de contactos con el exterior, la gente de esa aldea había reconciliado su herencia española cristiana con la maya, mezclando lo que había sido alguna vez maneras conflictivas de vivir, para convertirlas en una totalidad más o menos integrada. El conflicto y el cambio eran censurables, controlados por el poder sacralizante de la tradición vinculante. La sociedad civilizada, ejemplificada por la ciudad de Mérida, era el polo opuesto. Allí, el catolicismo chocaba con los ritos paganos remanentes, y los contactos continuos con extranjeros hacían que las reglas tradicionales, que habrían vinculado a todos a un cuerpo de comportamiento consistente, no pudieran darse. En su lugar, exigencias morales discrepantes provocaban conductas variadas e imprevisibles. El conflicto y el cambio social eran obvios y profundos, temidos por algunos, bienvenidos por otros.

Armado con ideas como éstas, en 1954, cuando empecé a escribir *The Rise of the West*, me parecía obvio que el cambio histórico era en amplia medida provocado por encuentros con extraños, seguido por esfuerzos por tomar —o a veces rechazar o mantener a raya— novedades especialmente atractivas. Esto, a su vez, siempre implicaba ajustes en otras rutinas establecidas. Por lo tanto, alguien que se pretende historiador mundial debe estar pendiente de las evidencias de contactos entre civilizaciones separadas, esperando grandes desviaciones culturales a partir de ellos, cuándo un préstamo —o rechazo— de prácticas externas ha provocado un cambio social históricamente significativo.

La fuente fundamental de variabilidad humana reside, por supuesto, en nuestra capacidad de inventar nuevas ideas, prácticas e instituciones. Pero la invención también ha prosperado cuando los contactos con los extranjeros han exigido diversas maneras de hacer y pensar, y competir por la atención, de modo que la opción llega a ser consciente. Así, ajustar deliberadamente las viejas prácticas resulta fácil, y ciertamente a menudo inevitable. Los obstáculos que se presentaban a gran parte de las formas de cambio social eran casi insuperables en la sociedad tradicional cuando la costumbre funcionaba según lo esperado. Pero cuando el choque de costumbres creaba confusión,

la invención prosperaba. La civilización, como Redfield la definió, era por lo tanto auto-catalítica. Una vez que los choques culturales se presentaban en algunos cruces de trayectorias, las sociedades civilizadas estaban obligadas a seguir cambiando, adquiriendo nuevas habilidades, ampliando su abundancia y su poder, y perturbando a otros pueblos próximos. Lo hicieron así hasta nuestros días y su ritmo siempre aumenta conforme pasan los siglos y los milenios de la historia civilizada.

Al abordar la conceptualización de la historia mundial de esta manera, las civilizaciones separadas se convirtieron en los principales agentes en la historia del mundo. Aceptar o rechazar nuevas formas venidas de lejos significaba, en todo caso, alterar antiguas prácticas sociales, puesto que rechazar exitosamente una novedad atractiva o amenazadora podría requerir cambios en casa, tan extensos como el apropiarse de ella. Al paso del tiempo, las civilizaciones tendieron claramente a extenderse sobre nuevos territorios, y conforme se extendían, las sociedades vecinas autónomas eran absorbidas y finalmente desaparecían. Tal expansión geográfica significó que en el Cercano Oriente antiguo lo que había comenzado como civilizaciones separadas en Mesopotamia y en Egipto, terminaron por fusionarse en una nueva totalidad cosmopolita, a partir de 1500 AEC, aproximadamente, y concluyó cuando un cosmopolitismo análogo comenzó a abarcar a todas las civilizaciones de la Tierra después del año 1850 aproximadamente, cuando la autonomía real de China y de Japón llegó a su término.

Pero cuando escribí *The Rise of the West* estaba suficientemente hechizado por Toynbee para apuntar estos casos sin apartar mi foco de atención de las historias separadas de civilizaciones distintas. La idea de una totalidad ecuménica eurasiática –luego también africana y después global–, abarcando todos los pueblos, civilizados y no civilizados, quienes estaban interactuando unos con otros, tomó forma muy lentamente. Sólo mientras escribía *The Pursuit of Power* (1982)<sup>33</sup>, me convencí de que la expansión comercial china activó el arranque repentino del comercio en la cristiandad latina después del año 1000 aproximadamente. Me di cuenta, con Wallerstein y Dunn, que una historia mundial apropiada debía enfocarse sobre los cambios que ocurrían en el

---

33. William McNeill, *The Pursuit of Power*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.

sistema ecuménico mundial, primeramente, y entonces proceder a empatar desarrollos dentro de civilizaciones separadas y entidades más pequeñas, como los estados y las naciones, en el patrón de esa totalidad fluctuante.

Una visión más tenue de la autonomía de civilizaciones separadas iba a la par con este cambio de mi punto de vista. En *The Rise of the West* había definido la civilización como un estilo de vida, reconocible por observadores con habilidades profesionales y experiencia, a la manera en que un crítico de arte discierne estilos en el arte. Pero esa analogía no es buena. Las obras de arte son tangibles mientras que la “vida” es demasiado diversa para ser observada como los críticos de arte pueden observar y más o menos quedar de acuerdo entre ellos sobre las afinidades estilísticas. En lo particular, dentro de cualquier civilización, grupos diferentes vivieron de maneras diferentes. Lo que les conservaba unidos principalmente era su sujeción común a líderes, cuyo dominio continuo era apoyado por el hecho de que se suscribían a un conjunto de reglas morales, plasmado en textos sagrados o, por lo menos, semi-sagrados. Esto, me parece ahora, es la definición correcta de una “civilización”: líderes que sabían comportarse —prescribiendo de dientes para afuera cánones de conducta y actuando de una manera más o menos convenida que contrastaba con la letra de las reglas— podían cooperar, y lo hacían, con la suficiente flexibilidad para controlar durante siglos a subordinados turbulentos, situados a veintenas, centenas y, en ocasiones a miles de kilómetros de distancia. Las clases predominantes privilegiadas constituyeron así una especie de marco de hierro dentro del cual podía prosperar una civilización. No obstante, entre los grupos subordinados prevalecieron formas de vida locales, ocupacionales y sectarias muy diversas. Todo lo que los unía era el hecho de que cada grupo tenía alguna especie de entendimiento tácito —o explícito, de vez en cuando— con otros grupos, y especialmente con los segmentos políticamente dominantes de la sociedad, de modo que ellos podían actuar como lo hicieron sin sufrir demasiadas sorpresas desagradables.

En esta visión, las civilizaciones se vuelven entidades más bien pálidas, incipientes en sí mismas. La diversidad interna es imponente y se funde casi imperceptiblemente con la diversidad de los pueblos vecinos que conservaron grados variables de autonomía local, pero igual negociaban con líderes civilizados, comerciantes y, quizás, con misioneros, artesanos, refugiados y a veces también con colonizadores. Ningún estilo de vida reconocible puede

ser imputado a un tal paisaje social. Diversidad, conflicto y límites imprecisos, sí; coherencia y uniformidad, no.

Hasta el canon de las escrituras sagradas, al cual se suscribían los segmentos dominantes de la sociedad civilizada, estaba lleno de discrepancias. ¡Piénsese en la Biblia, las escrituras sagradas de los budistas y de los hindúes, y las obras clásicas de Confucio! Se requirió un comentario juicioso para establecer una guía practicable para la vida a partir de tan diversos materiales. Por supuesto, la diversidad inicial implicó una flexibilidad perenne, que invitaba a los comentaristas a ajustarse a las siempre cambiantes circunstancias, por medio de una reinterpretación apropiada, época tras época, insistiendo a la vez —eso es característico— en la restauración de la verdad, en el sentido original de los textos sagrados. Esta era la función primaria de las clases letradas a menudo sacerdotales, y explica por qué los datos nuevos y discrepantes eran —y aún lo son en muchas ramas del aprendizaje— tan persistentemente desechados.

Si las civilizaciones eran internamente tan confusas y contradictorias como ahora creo que lo fueron, esto las pone muy a tono con la confusión y la complejidad del sistema mundial ecuménico eurasiático. Ese sistema era más grande en extensión geográfica, por supuesto, y más atenuado en su estructura interna, estando privado de un canon de conducta predominante porque el que existía abarcaba una pluralidad de civilizaciones —y de pueblos intersticiales—, cada una con su propia definición literaria de principios morales y sus propios líderes políticos y culturales. Pero, por todo eso, la ecúmene no era muy diferente de la diversidad que se encontraba dentro de las fronteras de cualquiera de las civilizaciones más grandes que, alrededor del año 1500, participaban en el círculo eurasiático y africano de intercambio e interacción.

La razón era que la práctica mercantil, de hecho, había creado lentamente un código de conducta manejable que llegó lejos en la estandarización de los contactos a través de los límites culturales. Incluso el arcano de la religión creó espacios para los forasteros y los no creyentes, puesto que las religiones principales del mundo eurasiático —cristianismo, confucianismo, budismo e Islam— convinieron todas en exhortar al devoto a tratar a los extranjeros como desearían ser tratados ellos mismos. Así, a pesar del hecho de que ningún conjunto de líderes haya ejercido nunca una soberanía política a través de la ecúmene total eurasiático-africana, sí surgió un código moral básico con grandes avances relativos a la reducción a proporciones soportables de los riesgos del

contacto entre civilizaciones. Poco a poco, a través de los siglos, los líderes locales de todo tipo aprendieron que podían beneficiarse poderosamente gravando a los extranjeros en vez de saquearlos. Las clases subordinadas también aprendieron a tolerar a los forasteros, incluso a los comerciantes extranjeros, a quienes los trabajadores campesinos y artesanos consideraban regularmente como explotadores deshonestos que sacaban provecho injustamente, ya que lo que les vendían caro era exactamente lo mismo que antes habían comprado barato a “hombres honestos”, es decir, a ellos mismos. Como sea, el pobre se acostumbró gradualmente a ser engañado por los forasteros en el mercado, exactamente como sus antecesores se habían acostumbrado, durante los albores de la civilización, a pagar a terratenientes auto-designados y fuertemente armados un alquiler sin compensación.

Conforme estas actitudes se fueron generalizando surgió una ley de comercio ejecutable y notablemente uniforme en los puertos y en otros grandes centros urbanos de Eurasia. Ésta fue suplementada por un conjunto informal de costumbres para lidiar con los extranjeros, que se extendió hasta el espacio rural y la estructura ecuménica del sistema mundial y se acercó mucho a la de las civilizaciones separadas abarcadas por él. Por consiguiente, los estudiosos de la historia mundial deben hacerlo objeto de investigación consciente, porque es lo que da cohesión y estructura a su tema, exactamente de la misma manera en que los actos y las políticas gubernamentales dan cohesión y estructura a las historias nacionales. Al menos, así lo creo ahora.

¿Cuáles, entonces, fueron los hitos principales en la evolución histórica de este marco de la experiencia humana, el más amplio y finalmente dominante?

Como uno esperaría, si tengo razón al afirmar que los contactos con extranjeros fueron el engrane principal del cambio social, las sociedades complejas más tempranas surgieron en las llanuras sujetas a las inundaciones fluviales de Mesopotamia, Egipto y la India del noroeste, donde las mayores extensiones de tierra se conectan entre sí. Las alineaciones continentales y las condiciones climáticas hicieron de esta región el nodo principal de las comunicaciones por mar y tierra dentro del Viejo Mundo, y es de suponer que por esa razón la civilización brotó primero allí.

La tradición literaria sumeria está acorde con este concepto, pues sostenía que los fundadores de su civilización habían venido por mar desde el

sur y habían sometido a la “gente de cabeza negra” quienes eran naturales de las riberas de la parte baja del Tigris y del Éufrates. Los recién llegados aprendieron a irrigar las tierras pantanosas que bordeaban los ríos, y gracias a las cosechas regulares y seguras fueron capaces entonces de erigir las primeras ciudades de la Tierra en un llano aluvial que carecía de madera, de metales y de otras materias primas esenciales requeridas por los sumerios. Por lo tanto, desde su inicio los trasportes por barco, complementados por las caravanas, mantuvieron las ciudades de las llanuras de Mesopotamia en contacto, directo o indirecto, con fuentes distantes de materias primas y con pueblos diversos que vivían dentro de un radio de varios centenares de kilómetros. Y en poco tiempo los habitantes de Egipto y del valle del Indo erigieron civilizaciones propias, en parte gracias a las habilidades y las ideas que fueron adquiridas por préstamo a través del contacto con Mesopotamia y, al hacerlo así, establecieron muy rápidamente sus propias zonas de interacción con la gente asentada alrededor, exactamente como los sumerios lo habían hecho antes.

Inicialmente, el transporte por agua fue el enlace principal entre grandes distancias. Cuando los seres humanos descubrieron el uso de las velas, en una fecha temprana pero desconocida, las aguas costeras del Océano Índico y las de los mares adyacentes llegaron a ser un medio particularmente fácil de transporte y comunicación. Los vientos soplaban suavemente todo el año y su dirección se invertía con cada monzón. Esto hacía seguro y excepcionalmente fácil el retorno de viajes muy largos, incluso para las naves que no podían navegar contra el viento. Si es de creer la tradición sumeria, los fundadores de la primera civilización del mundo salieron de este espacio marítimo, llevando consigo habilidades superiores que habían sido acumuladas, podemos conjeturar, antes del inicio de los registros históricos, gracias a los contactos con los extranjeros que provocaban los viajes por mar.

Alrededor del año 4000 AEC, los barcos de vela también empezaron a navegar en el Mediterráneo, donde prevalecían condiciones de navegación comparativamente benignas —aunque no tan convenientes— durante el verano, cuando los vientos alisios soplaban suave y constantemente desde el noreste. El retorno seguro al puerto de origen requería a menudo ir contra el viento predominante. Remar era una posibilidad, y siguió siendo importante en la navegación mediterránea hasta el siglo XVII. Aprovechar los efímeros vientos más allá de la costa, creados por el calentamiento dife-

rencial de mar y tierra, era otra posibilidad. El diseño de los barcos y de las velas que permitía virar hacia el viento era una solución más satisfactoria, pero no fue lograda completamente hasta una época tardía del Medioevo. Con todo, los barcos que navegaban contra el viento con dificultad y no podían sortear con seguridad los mares tempestuosos del invierno, fueron más que suficientes para provocar y sostener la aparición de las civilizaciones minoica, fenicia, cartaginesa y grecorromana. Adquirir préstamos de Egipto y Siria era crítico al principio de tal manera que la mayoría de tales contactos se efectuaron por mar.

Geográficamente hablando, el mar del sur de China era tan hospitalario para los primeros botes de vela como el Mediterráneo. Pero la posibilidad de navegación estacional en el sureste de Asia y entre las islas cercanas a las costas, no condujo al desarrollo temprano de ciudades y de civilizaciones letradas, quizás porque no había al alcance centros civilizados desarrollados donde adquirir habilidades e ideas decisivas. De la misma manera, los espacios marítimos más agradables de toda la Tierra eran las extensas zonas de vientos alisios de los océanos Atlántico y Pacífico; pero ellos no fueron explotados hasta la invención de naves grandes que pudieran cambiar de bordada contra el viento, aunque las canoas polinesias de hecho llevaron a colonos humanos a remotas islas del Pacífico a través de la zona de los vientos alisios. El Atlántico Norte y el Pacífico Norte eran mucho más temibles para los primeros marineros, ya que los vientos de tempestad cambiantes se complicaban con mareas de gran tamaño.

De este modo los patrones del clima y del viento fijaron límites definidos a la primera navegación, aunque vale la pena mencionar que las barquillas de cuero y mimbre comenzaron a pescar en las aguas costeras del Atlántico Norte durante el tercer milenio AEC. Los pescadores también se embarcaron desde las orillas de Japón en una fecha desconocida pero probablemente temprana. Viajes accidentales a lo ancho de los océanos deben haber tenido lugar tan pronto como los barcos de pesca comenzaron a aventurarse sobre estas aguas tempestuosas. Viajes a la deriva de *kayaks* esquimales, desde Groenlandia, que terminaron en Escocia en el siglo XVII y pescadores japoneses que llegaron a las costas de Oregón en el siglo XIX, ofrecen un ejemplo claro de la dispersión de los viajes transoceánicos hechos al azar por pequeñas embarcaciones perdidas en el mar.

Unas pocas semejanzas entre los artefactos de los amerindios y los del Asia del este pueden resultar de viajes a la deriva; pero los pescadores no llevaban mucho bagaje cultural con ellos, incluso cuando sobrevivían durante semanas a la intemperie, y es poco probable que los contactos transoceánicos—reales pero de poca relevancia, incluyendo los asentamientos nórdicos en Norteamérica— hayan tenido consecuencias duraderas de importancia antes de 1492. En cambio, un sistema ecuménico separado surgió en las Américas, centradas en México y Perú; pero en ausencia de un registro escrito amplio, conocemos muy poco sobre su desarrollo y, puesto que la arqueología ha sido intrínsecamente localista, las conexiones entre sitios separados siguen siendo con frecuencia obscuras.

La historia ecuménica eurasiática es mucho más accesible, aunque los historiadores todavía no han estudiado su crecimiento y consolidación en detalle. No obstante, está bastante claro que la primacía inicial del transporte y de la comunicación por mar que mantenía a la ecúmene en conjunto, fue modificada gradualmente por las mejoras en el transporte terrestre. Los seres humanos, por supuesto, fueron trotamundos desde el comienzo: es así como poblaron la Tierra. Con el desarrollo de la agricultura se instauró la difusión de cultivos útiles. Cultivadores de quema y roza, por ejemplo, llevaron el trigo del Cercano Oriente a China, a donde llegó hacia el año 2000 AEC. Unos mil años más tarde, el arroz se extendió desde alguna parte del Asia del sureste y se convirtió en un importante cultivo, tanto en la India como en China. Otros cultivos menos importantes se extendieron también, modificando profundamente la vida humana en donde quiera que empezaran a proporcionar una nueva fuente de alimentación para la población.

Antes de la aparición de la escritura, la carga que portaban los humanos y sus extensas caminatas fueron complementadas, por lo menos en algunas partes del mundo, por el uso de caravanas de animales de carga, lo que hacía el transporte de mercancías mucho más fácil. Los intercambios a través de largas distancias llegaron a ser rutinarios en las épocas sumerias, cuando las caravanas de burros transportaban metales y otras materias preciosas desde tan lejos como los montes Cárpatos en Rumania, a cambio de textiles y otros productos manufacturados. El comercio por medio de caravanas vino entonces a asemejarse al comercio marítimo, con la diferencia de que transportar mercancías valiosas a través de tierras pobladas requería negociar

pagos por protección con cada líder local, mientras que, usualmente, las naves tenían que pagar derechos sólo en sus puertos de destino. Ya que el riesgo de pillaje por parte de algún rufián local era mucho más alto que el riesgo de piratería en el mar, los costos del transporte mediante caravanas se mantuvieron comparativamente altos, de tal modo que solamente las mercancías preciosas pudieron soportar el costo del transporte terrestre a grandes distancias.

Los contactos por tierra tomaron un cariz nuevo y decisivo después del año 1700 AEC aproximadamente, cuando se inventaron, en alguna parte de las fronteras de Mesopotamia, carros ligeros y maniobrables. Un equipo de caballos enganchados a tal vehículo podía llevar conductor y arquero a través del campo abierto más rápidamente de lo que puede correr un hombre y, cuando era una novedad, una carga de un grupo de carruajes probó ser capaz de dominar la infantería del campo contrario con facilidad. Consecuentemente, grupos que tenían carros invadieron las civilizaciones de los valles del Cercano Oriente y de la India, antes y después de 1500 AEC. Otros penetraron en Europa y en China, donde la primera dinastía con buen registro arqueológico, la Shang, se estableció alrededor del año 1400 AEC con la ayuda de carros de guerra, como lo muestra la expansión del trigo, algunos estilos de cerámica del Asia occidental y el transporte rápido por medio de ruedas. Como resultado, la superioridad militar de los que tenían carros no inició los contactos trans-asiáticos, aunque el establecimiento de la dinastía Shang sí inauguró, al parecer, muchas de las formas históricas de la civilización china, gracias a la explotación de técnicas militares originadas en las fronteras de Mesopotamia. Esto fue atestiguado, sorprendentemente, por inscripciones en huesos de oráculo descubiertos en Anyang, la capital Shang, y que son antecedentes directos de los caracteres de la escritura china contemporánea.

La comunicación entre China y Asia occidental siguió siendo esporádica e indirecta por muchos siglos después del 1400 AEC. Incluso cuando la iniciativa china imperial empezó a mantener, más o menos regularmente, un tránsito de caravanas después del año 100 AEC, las mercancías que resistían el largo viaje seguían siendo meras curiosidades y lujos costosos. Unas pocas señoras romanas muy a la moda sí se vistieron en realidad con sedas semitransparentes de procedencia china, y el emperador chino sí logró importar desde Irán caballos de grandes huesos, de esos que “sudaban sangre”, para luego darse cuenta que los escuálidos *ponies* de la estepa, con

los cuales los soldados chinos ya se las arreglaban, eran mucho más robustos y más baratos de mantener, y que la raza importada no los podía reemplazar más que para propósitos ceremoniales.

Con todo, la inauguración del comercio con caravanas que cruzaban el Asia, más o menos de manera regular, conectó realmente el este y el oeste como nunca antes; y cuando, –después del año 300 aproximadamente– los camellos se hicieron de uso general, las caravanas llegaron a ser capaces de atravesar desiertos previamente inhóspitos. Su efecto consistió en incorporar nuevas y extensas áreas de Eurasia y de África a una red ampliada de comercio y comunicaciones. Tíbet, Arabia y los oasis de Asia central, por un lado, y el África occidental del sub-Sahara, por el otro, entraron de lleno en el sistema ecuménico que simultáneamente se amplió hacia el norte penetrando el conjunto de las estepas, desde Manchuria hasta Hungría, e incluso se infiltraba a través de los puertos de montaña y a lo largo de los cursos de los ríos hacia el interior de los impenetrables bosques del norte de Europa.

Enfermedades epidémicas nuevas y marcadamente letales, así como las religiones llamadas superiores, fueron las dos novedades más significativas que se difundieron a través de este mundo de la caravana en expansión, desde poco antes de la era cristiana hasta alrededor del año 1000 EC. Los intercambios materiales, como la difusión de las frutas del sureste del Asia y de otros cultivos del Oriente Medio, junto con el desarrollo de la agricultura de oasis o la difusión de estilos esculturales naturalistas grecorromanos hacia la India, China e incluso Japón, fueron de poca importancia en comparación con los cambios epidemiológicos y religiosos que este sistema de transporte precipitó.

Este equilibrio entre los intercambios económico-tecnológicos y cultural-biológicos se alteró después del año 1000, aproximadamente, cuando el sistema ecuménico del mundo comenzó a responder a las innovaciones que dentro de China ampliaron el papel del comportamiento del mercado, atrayendo por primera vez a los campesinos pobres y las clases trabajadoras urbanas a su esfera de acción. Lo que hizo esto posible fue el transporte fluvial barato y confiable dentro de China, resultado de la construcción generalizada de canales. La mayoría de ellos fueron inicialmente construidos para regular el suministro de agua a los arrozales que se expandían y de los cuales la alimentación de China dependía cada vez más. Luego, con la construcción del Gran Canal en 605, que unía la línea divisoria de las aguas del río Yangzi con el sistema del río Amarillo,

acompañada y seguida por otros trabajos de ingeniería diseñados para facilitar la navegación a través de las gargantas del Yangzi y de otros pasos estrechos, las partes más fértiles de China fueron unidas por canales fácilmente accesibles y navegables. Bajo la soberanía distante del emperador, los barcos de los canales podían llevar cargas comparativamente grandes a través de centenares de millas con un riesgo mínimo de naufragio o de robo. Esto, a su vez, significó que incluso las pequeñas diferencias de precio en los bienes de consumo común, hicieron que valiese la pena para los dueños de las embarcaciones llevar tales mercancías de donde eran baratas hacia donde se vendían caras.

Entonces, cuando poco después del año 1000 el gobierno de la dinastía Sung encontró más conveniente coleccionar impuestos en efectivo en vez de en especie, como se había hecho previamente, el pueblo, incluyendo los campesinos más pobres, fueron forzados a entrar en el mercado para pagar sus impuestos. Esto aceleró enormemente la expansión del comportamiento del mercado a través de toda China. Con ello, para sorpresa general de los círculos oficiales, cuyo entrenamiento confuciano clasificaba a los comerciantes como deplorables parásitos sociales, entraron en función, en la totalidad de los variados paisajes chinos, las ventajas de la producción especializada, que Adam Smith<sup>34</sup> analizaría más tarde de manera tan persuasiva. La abundancia y la productividad se dispararon. Nuevas habilidades se desarrollaron haciendo de China la admiración del resto de mundo, como Marco Polo y otros visitantes llegados desde lejos pronto se dieron cuenta. Entre las nuevas habilidades chinas algunas se revelaron revolucionarias, sobre todo para Europa: la trinidad de la pólvora para cañones, la imprenta y la brújula, todas las cuales llegaron a Europa desde China entre los siglos XIII y XV.

El alcance de China hacia el oeste se incrementó con el desarrollo de embarcaciones capaces de navegar en cualquier estación del año en alta mar, de cambiar de borda contra el viento y de sobrevivir a la mayoría de las tormentas. Tales naves, surtas principalmente a lo largo de la costa del sur de China, donde la construcción de canales tierra adentro fue frenada por las montañas, permitió a los negociantes emprendedores desarrollar una red comercial nueva –o quizás solamente intensificarla y ampliarla– a través del

---

34. Adam Smith (1723-1790) [http://es.wikipedia.org/wiki/Adam\\_Smith](http://es.wikipedia.org/wiki/Adam_Smith) (Consulta: 20/09/2009.)

Mar del Sur de China y hacia el Océano Índico. Ahí las naves chinas, sólidamente construidas, tuvieron que competir con las embarcaciones ligeras y la población mercantil experimentada propia de esas aguas. Según aconteció posteriormente, cuando las naves europeas penetraron en el Océano Índico navegando alrededor del África, la navegación y las redes de comercio locales probaron ser capaces de reducir los costos más altos de los grandes barcos intrusos, construidos para toda clase de clima y muy fuertes. Pero de todos modos, la difusión masiva de bienes chinos y la demanda china de especias y otros productos del Océano Índico, estimularon a los mercados de los mares del sur que pronto desbordaron en el Mediterráneo y ayudaron a impulsar el notable renacimiento del comercio europeo en el siglo XI y posteriores, con el que los historiadores han estado familiarizados desde hace mucho tiempo.

A su vez, las necesidades de los comerciantes forzaron a los europeos a desarrollar barcos para cualquier tipo de clima que fueran capaces de atravesar los tempestuosos mares afectados por mareas altas del Atlántico Norte, y que tuviesen una probabilidad razonable de regresar con bien a sus puertos de origen. Las invenciones introducidas entre los años 1000 y 1400, aproximadamente, hicieron esto posible: el entablado de doble clavado a un marco pesado de quilla y costillas, los timones potentes con ejes altos, los compartimientos con puentes, y los mástiles y velas múltiples. La construcción europea de barcos siguió un proceso propio, independiente del modelo chino o de cualquier otro origen extranjero, aunque los marineros europeos estaban siempre dispuestos a adquirir cualquier cosa que funcionara en la práctica, como la navegación por medio de brújula procedente de China y las velas triangulares propias del Océano Índico.

Su préstamo y adaptación de mayor futuro, sin embargo, fue la asociación que los marineros europeos hicieron entre las naves de robusta construcción hechas para alta mar y los cañones, desarrollada inicialmente para destruir las paredes de los castillos en tierra. Tales armas grandes, una vez adaptadas para su uso en barcos, dotaron a las naves europeas con un armamento muy superior a cualquiera conocido. Como resultado, cuando las naves europeas comenzaron a navegar a través de todos los océanos de la Tierra, poco antes y poco después del año 1500, eran notablemente seguras frente a los ataques por mar, y con frecuencia podían vencer la resistencia local en las costas con sus andanadas capaces de destruir muros.

La retrocarga de tales armas era tan fuerte que solamente las naves pesadas podían aguantarla sin hacerse pedazos. Los chinos hubieran podido igualar a las embarcaciones europeas en ese aspecto, pero por razones propias de la política imperial, el gobierno chino prohibió la construcción de naves de alta mar después de 1434, y declaró ilegales las expediciones chinas oceánicas privadas. A partir de esa fecha, la operación de piratas perjudicó sistemáticamente a los marineros chinos y japoneses, y les quitó cualquier oportunidad de armar sus embarcaciones con cañones pesados como los que llevaban rutinariamente los galeones de comerciantes europeos.

Las consecuencias de los descubrimientos oceánicos europeos son bien conocidas, como lo son las consecuencias de las mejoras extraordinarias del transporte y de las comunicaciones que aparecieron después de 1850, cuando inventores europeos, americanos e incluso japoneses, más recientemente, utilizaron sistemas mecánicos y eléctricos de energía para los buques de vapor, los ferrocarriles, el telégrafo y luego para los aviones, la radio, la televisión y, hasta hace poco, también, para la transmisión de los datos electrónicos. El efecto más obvio de estas transformaciones sucesivas de las comunicaciones mundiales fue la ampliación del alcance de la ecúmene eurasiática a través del globo, integrando el sistema ecuménico de América que había sido independiente, junto con complejos sociales menos conocidos en Australia y en innumerables islas más pequeñas. El choque fue enorme y el mundo todavía está vibrando ante las consecuencias ecológicas, epidemiológicas, demográficas, culturales e intelectuales de la unificación global de los últimos quinientos años.

Entre otras cosas, la comunicación y el transporte globales hicieron de la historia mundial una realidad palpable. Los historiadores, siendo los fieles guardianes de toda forma de identidad colectiva humana, están comenzando a adaptarse a esa circunstancia, casi medio milenio después de que comenzara a afectar la vida humana por doquier. Es por eso que fue convocada esta conferencia, según podemos suponer, con cierta tardanza. Con todo, no es realmente el caso, puesto que, como ya precisé, la profesión histórica todavía se aferra a formas más locales y más sagradas de la historia, y todavía no se ha puesto de acuerdo en cómo acercarse a la aventura humana sobre la Tierra, en su totalidad.

Al luchar con esta pregunta, parece apropiado poner de relieve dos niveles distintos de contactos humanos, mismos que ocurrieron a través de los siglos dentro de las redes de comunicaciones que acabo de bosquejar. El primer nivel es biológico y ecológico: cómo les fue a los seres humanos en la competencia con otras formas de vida, logrando no solamente sobrevivir sino también ampliar, paulatinamente y en todos ambientes físicos, su cuota de materia y energía en la Tierra. Ninguna otra especie está cerca de igualar el papel dominante de la humanidad en el ecosistema global. Las principales señales de eso son bastante obvias, comenzando con la difusión inicial de los cazadores-recolectores en África, seguidas por la recolección intensificada y de amplio espectro que condujo a la agricultura. Luego por el surgimiento de civilizaciones con una fuerza acrecentada en relación con otras sociedades, debido a sus especialistas militares, por un lado, y a su adaptación a las enfermedades de las multitudes, por otro. La importancia creciente del sistema mundial ecuménico eurasiático tomó el control, difundiendo enfermedades, cultivos y habilidades tecnológicas en áreas cada vez más grandes, hasta que después de 1500 el proceso llegó a ser global. Cada ocasión que una población aislada entró en contacto con el sistema ecuménico mundial, fue expuesta de manera debilitante a enfermedades, ideas y técnicas desconocidas, a menudo con resultados desastrosos para los pueblos previamente aislados y sus culturas.

La uniformidad nunca emergió y no hay razón para suponer que algún día lo haga. Las diferencias de clima y otras circunstancias requieren diversos comportamientos y, siendo a la vez inteligentes y adaptables, los seres humanos actúan en consecuencia. Algunas formas de vida han sido destruidas por la carrera humana sobre la Tierra; muchas más están en peligro, como todos sabemos. Otras han sido llevadas a nuevos ambientes y desarrolladas como nunca antes. Ciertos organismos responsables de enfermedades y especies de malezas todavía desafían con éxito a la voluntad humana; pero las plantas y los animales domesticados se han alterado radicalmente y algunas especies de plantas y de animales enteramente nuevas han sido inventadas para darnos alimento y servir a nuestras necesidades, y deseos.

Desde el punto de vista biológico-ecológico, lo que hace tan extraordinaria a la carrera humana sobre la faz de la Tierra es que, al convertirse completamente en humanos, nuestros antecesores introdujeron la evolución

cultural, tan pronto como el comportamiento aprendido comenzó a dictar la mayor parte de su actividad. Los consecuentes logros culturales de la humanidad y su variabilidad en tiempo y espacio, constituyen entonces el segundo nivel de la historia mundial. Tradicional, y muy atinadamente, la atención ha estado centrada en ello, porque lo que se ha aprendido puede cambiar cada vez que algo nuevo y atractivo atraiga la atención consciente. Y puesto que la conciencia es extremadamente cambiante, la evolución cultural sobrepasó inmediatamente a la evolución orgánica, introduciendo un tipo de perturbación radicalmente nuevo en el ecosistema de la Tierra.

Con todo, en algunos aspectos la evolución cultural se ajusta aún a los más viejos patrones de la evolución orgánica. Una variación inicial más o menos al azar y la subsiguiente selección de lo que funciona mejor, es suficiente para poner el proceso en marcha. Los contactos entre portadores de diversas tradiciones culturales promovieron mayores cambios; pero como lo he discutido ya, los cambios fueron iniciados a menudo para defender particularidades locales, más que para aceptar lo que era percibido como una novedad extranjera y a menudo amenazadora. De ello se desprende, incluso, que la comunicación instantánea que prevalece hoy tiene poca probabilidad de dar lugar a cualquier tipo de uniformidad global. Los grupos humanos, incluso cuando adquieren algo prestado de los forasteros, conservan celosamente un profundo sentido de su singularidad. Mientras más comparte cada grupo, más centra su atención en las diferencias residuales, puesto que solamente así pueden preservarse la cohesión y la moral de la comunidad.

El resultado final ha sido siempre conflicto, rivalidad y choque crónico entre los grupos humanos, tanto grandes como pequeños. Incluso si un gobierno mundial pudiese aparecer, tales rivalidades no cesarían, aunque su expresión tendría que alterarse teniendo en cuenta el poder dominante de una administración burocrática mundial. Con toda probabilidad, la herencia genética humana está adaptada para pertenecer a una comunidad primaria pequeña. Solamente así la vida tiene significado y propósito. Solamente así las reglas morales son suficientemente firmes y definidas para simplificar las decisiones. Pero pertenecer a tales grupos mantiene una brecha entre “nosotros” y “ellos”, e invita al conflicto ya que la mejor manera de consolidar un grupo es tener un enemigo a la mano.

Hasta hace muy poco, las aldeas rurales constituyeron las comunidades primarias que dieron forma y sentido a la mayoría de las vidas humanas, pero con las comunicaciones modernas y la expansión persistente de las relaciones de mercado en el campo esto ha comenzado a cambiar. Las identidades múltiples y a menudo en competencia, características de las ciudades de épocas antiguas, han comenzado a abrirse ante los ojos asombrados y a menudo resentidos de la mayor parte de la humanidad. El eterno problema moral de toda sociedad humana es cómo escoger entre identidades colectivas alternativas, y cómo reconciliar las obligaciones en conflicto impuestas por diferentes identidades. En el pasado, la mayoría de las comunidades rurales elaboraron reglas más o menos inequívocas para realizar esas elecciones, de tal manera que el comportamiento moral era generalmente obvio para todos los implicados. En los contextos urbanos, la fricción y la incertidumbre eran mucho mayores y hoy, conforme el carácter urbano se expande sobre el campo, la ambigüedad y la incertidumbre se multiplican por doquier.

Quizá la cuestión más urgente de nuestro tiempo es cómo reconciliar la pertenencia a comunidades primarias vivaces con los imperativos de un cosmopolitismo emergente. Las ventajas materiales del intercambio global y la especialización económica son enormes. Sin tal sistema, las poblaciones humanas existentes apenas podrían sobrevivir, y mucho menos mantener los estándares de vida actuales. Pero aún está por descubrirse cómo la firme adhesión a las comunidades primarias puede reconciliarse con la participación en los procesos económicos y políticos globales. Congregaciones religiosas de hermanos creyentes surgieron en la antigüedad en respuesta a necesidades análogas, y es probable que algo similar ocurra de nuevo. Pero las comunicaciones contemporáneas exponen al fiel a un bombardeo continuo de mensajes que vienen de forasteros y de no creyentes. Más aún, si de alguna manera esto pudiera contrarrestarse exitosamente, las comunidades religiosas rivales podrían entonces chocar, con resultados tan desastrosos como los que se desencadenaron del choque de naciones rivales en el siglo XX.

Sospecho que los asuntos humanos están estremeciéndose en el borde de una transformación de máximo alcance, en forma análoga a lo que sucedió cuando emergió la agricultura a partir de la recolección de amplio espectro, y cuando comunidades aldeanas se convirtieron en el marco prin-

cipal a cuyo interior se condujo a las vidas humanas. Queda por verse qué clase de comunidad puede probar ser exitosa en adaptar a sus miembros a las comunicaciones globales, a los intercambios a través del mundo y al resto de las condiciones de la vida humana contemporánea y futura. Una catástrofe de proporciones sin precedentes es siempre posible. Estamos todos conscientes de los desastres ecológicos potenciales debidos a la contaminación de la tierra, el aire y el agua. Un colapso social debido a su cuidado deficiente o equivocado es no menos amenazante.

Pero el ingenio y la inventiva humanas se mantienen tan vívidas como siempre, y supongo que seguramente invenciones satisfactorias y sustentables tendrán lugar localmente para luego expandirse, como otras invenciones en el pasado, que en la práctica probaron su expansión por medio de imitación y adaptación, sumándose así a las habilidades humanas y ampliando el ámbito de la vida, época tras época, a través de emergencia tras emergencia y crisis tras crisis, desde el principio de la carrera humana en la Tierra hasta nuestros días. Es probable que los riesgos sean mayores que en cualquier momento anterior, pero las posibilidades son igualmente inmensas.

Nos guste o no, vivimos en una edad de oro donde los precedentes para el futuro se están estableciendo. Me parece evidente que construyendo una historia mundial perspicaz y exacta, los historiadores pueden jugar un papel modesto pero útil para allanar el camino de un futuro tolerable para la humanidad como totalidad y para sus diversas partes. La forma cambiante de la historia mundial ha sido la preocupación profesional principal de mi vida. Se las encomiendo a ustedes como búsqueda digna y fascinante, apropiada para nuestros tiempos y útil en la práctica, puesto que un sentido claro y vívido del pasado humano en su totalidad puede ayudar a suavizar los conflictos futuros al darle claridad a lo que todos compartimos.

